Naceremos amaranto

Con el corazón de jarrón,
bien llenito de semillas,
como un cuenco, como barro,
por momentos pareciera
que no somos más que arcilla.

Nos ocurren los milagros.
Encontramos el enredo:
las raíces que perdimos.
Y de pronto, sin aviso,
nos brotamos en pedazos.

Ojalá fuera vasija,
(de dos asas por si acaso)
continente y contenida
por la noche, por la luna,
por el día y por el ocaso.

Se me ocurren los milagros:
la esperanza de hacerme árbol,
de sembrarme, de ser huerto,
de ser agua que refresca
con hojitas de naranjo.

Si el terrón de mi destino
se secara entre las líneas
que envejecen en mis manos,
bastaría un poco de agua,
bastaría el correr del llanto.

Pero lágrimas no bastan,
cuando no somos el lodo,
cuando no somos el barro,
cuando no somos la arcilla,
porque no hacemos milagros.

Nos secamos con la milpa
en los surcos sin cultivo.

Abrazamos el espanto
de un país triste y herido,
huérfano de flor, mudo el canto.

¡Nos llovió sobre mojado!
Tanto y tanto ir al río
nos quebró de canto y canto.
Rotos y hartos, demolidos,
amanecimos desde abajo.

Blanco y guinda nos crecimos
en el campo, en el monte, en el lago.
¡Por el agua y por la tierra!
¡Por la piedra y por el árbol!

Se nos vio tristes y secos:
nos querían planta de ornato...
Como esquejes poco a poco,
sin embargo, ya enraizamos.
Danos tiempo.
Aunque falte, sigue dando.

Es que un día nuestro machete
que desbroza el yermo campo
de batalla en el que estamos,
abrirá bien los caminos:
naceremos en la lucha,
nos haremos amaranto.